

Mientras el Presidente Fremiot daba tan grandes ejemplos en Borgoña, su hija Juana Francisca corría graves peligros en Poitou, que aunque de otra clase, no hacían brillar menos su virtud. La llegada del Sr. Barón de Francs y de su joven esposa, habían dado ocasión para que se celebrasen fiestas brillantes, á que acudió toda la nobleza de los alrededores. Nuestra Santa tenía entonces diez y seis años, y estaba en todo el brillo de su juventud. Apenas apareció cuando se vió buscada, adulada y lisonjeada. Criada hasta entonces en la escuela severa del Presidente, conoció por primera vez el seductor lenguaje del mundo, tanto más dulce cuanto menos se conoce al principio de la vida.

El carácter de la persona que se le había dado para que la acompañase aumentaba el peligro. Era una mujer frívola, que no la hablaba más que de fiestas, bailes y adornos, haciendo ostentación en su presencia de los mil secretos que había para agradar, y que conocía muy bien, por haberlos practicado demasiado; en una palabra, como perniciosa sirena, «nada descuidó para marchitar con sus artificios á esta naciente y hermosa flor.» (1) Hubiera querido que aprendiese á usar afeites, que se adornase con pedrerías y tejidos perfumados, como los que Clemente de Alejandría y Tertuliano prohibían á las primeras cristianas. Y no sólo esto, sino trató de enseñarla cosas más perniciosas, porque se sospechaba que se valía de encantos, y hubo grandes indicios para creerlo. Decía á Juana Francisca, que si quería hacerla caso conseguiría casarse con uno de los primeros y más grandes señores de Poitou.

por los testigos del proceso de canonización de Santa Juana. Muchos testigos los habían sabido de boca de las antiguas religiosas, que se los habían oído contar á la misma Santa, que hablaba con gusto de su padre y de sus bellas acciones, pero era para humillarse diciendo era indigna hija de un padre tan grande.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. 10.

La inocente niña escuchaba y no comprendía; pero sentía hacia esta mujer una repugnancia instintiva, de que no sabía darse cuenta. Deseaba no verla, é hizo cuanto pudo para que se la despidiese; pero no lo pudo conseguir, porque esta infeliz vieja tenía más artificios para mantenerse en la casa que fuerzas la niña para hacerla salir. Obligada á oír estas fútiles conversaciones, y expuesta á los peligros de la vanidad, buscó su refugio en Dios á los pies de los altares, invocando á María, á quien amorosamente llamaba Madre querida. Se aplicó á meditar su vida oculta en Nazareth, y en estas tiernas meditaciones que empezaron á ser largas y frecuentes, aprendió á conseguir una paz y felicidad tan sólida, que la hicieron insensible á toda seducción.

Juana Francisca tenía otra defensa contra los peligros del mundo, y era su delicada modestia, que siendo á la vez grave y graciosa, atraía y contenía. La natural dignidad de su porte, la precoz madurez de su espíritu, aquella seriedad y reserva que se veía hasta en su sonrisa, haciendo su expansión más atractiva, todo su aspecto, en fin, protegía su juventud y su belleza, é imponía respeto á cuantos se le acercaban. Moderaba en sus vestidos la moda del tiempo, y no se sujetaba á ella sino en cuanto bastaba para evitar el ridículo. El retrato de la Santa que ponemos al frente de esta historia nos convencerá de ello: está representada á los veinte años de su edad.

Cuando se sabe la pasión que reinaba en el siglo XVI por el lujo en el vestir, y se ve en la colección de retratos de aquella época la multitud de bordados, cadenas, perlas, pedrerías, las hileras de botones de oro, los colores brillantes, las telas preciosas y ricas que la ley permitía á las señoras nobles, y con las cuales no querían contentarse (1), se siente uno penetrado de admi-

(1) Véase el edicto de Enrique III tocante á la reforma de los vesti-

ración al ver la sencillez modesta del traje de nuestra joven Santa. Su vestido, de un color obscuro, está decente y enteramente cerrado con una especie de camiseta tupida, que sube hasta la garganta; siendo esto tanto más notable, cuanto que en aquella época la moda de los trajes indecentes arrastraba á todo el mundo, y la licencia iba tan lejos en este punto, que eran menester leyes especiales para proteger la modestia (1). Las mangas son anchas, pero están muy lejos de llegar á esas dimensiones desmesuradas, contra las cuales declamaban con tanta razón como buen gusto todos los predicadores de entonces (2). No tiene en el cuello ni en los cabellos perlas ningunas, que entonces eran muy estimadas; tampoco las lleva en su corpiño ni en las mangas del vestido. Una gorrita de terciopelo reemplaza en su cabeza á estas pedrerías, que en vano habían procurado prohibir, y sin las que parecía imposible se pasase

dos (24 de Marzo de 1583). Se dice allí, entre otras cosas, «que las señoritas que son mujeres de Presidente, y sus hijas, puedan llevar en sus sombrerillos y tocados bordados, un cintillo y un collar de perlas, una sortija y anillos de piedras también con oro esmaltado ó no esmaltado; cadenas, brazaletes, herretes y botones de oro en las delanteras de sus vestidos y capas; y en las extremidades de las mangas una sola hilera, sin ninguna guarnición, esmalte, piedras ni perlas, sino es en sus horas de recibo, que podrán llevar sus delanteras de oro, esmaltado ó sin esmaltar, pero con sólo cinco piezas de pedrería.» (*Recopilación general de las antiguas leyes francesas*, por el Sr. de Isambert. París, 1829, tomos XII, XIII y XIV. Véanse los edictos de Francisco I, Carlos IX, Enrique II y Enrique III para la reforma del lujo de los vestidos.)

(1) Véase lo que se lee en la exposición de los motivos del edicto dado por Enrique III para la reforma del lujo: «Se ofende á Dios mucho, y la modestia se extingue casi enteramente.»

(2) Véanse los sermones de Menot, predicador famoso del siglo XVI. Tronaba sin cesar contra el lujo, y jamás olvida las mangas anchas cargadas de pedrería y abotonadas con perlas, etc., etc. (*Sermones, Menotti*: París, caract. gothiques.) Se pueden añadir también los sermones de Guillermo Pepin. Ataca también vivamente «á las señoras nobles que usan mangas anchas y colas largas, cuyo valor serviría para mantener á toda una familia, y que cuando la moda cambia, creen hacer mucho por Dios destinando á los altares estos vestidos aun manchados. (*Sermones, Guillelmi Pepini*. París, 1536, en 8°, gótico.)

una señorita de la nobleza. Notemos, por último, que esta amable Santa está de rodillas, con las manos juntas, los ojos ligeramente levantados hacia el cielo y en actitud de oración. ¿Qué postura era más conveniente para su piedad y dulce modestia?

Aun los mismos hombres que desgraciadamente no son virtuosos ni gustan de la virtud, no pueden menos de reconocerla; y así, las familias más nobles, admiradas de tan singular y bello espectáculo, ambicionaron enlazarse con Juana, y su mano fué pretendida al instante por los señores más ilustres de Poitou.

Una de estas pretensiones hizo brillar la fe generosa de nuestra joven Santa.

Entre los caballeros que con más frecuencia entraban en casa del Barón de Francs, había uno tan distinguido por la nobleza de su cuna como por la gracia y atractivo de su persona, y que además era muy amigo del Sr. de Neufchezes. Dicho caballero, que pertenecía á la religión protestante, conoció perfectamente que la mano de una joven tan virtuosa no sería nunca más que para un buen católico, y para alcanzarla fingió sentimientos que no tenía. El Sr. Barón de Francs cayó buenamente en este lazo, ó tal vez se prestó al ardid, con la esperanza de conservar á su cuñada en Poitou, y esperando que «la mujer fiel convertiría al marido infiel;» no obstante, por más ruegos que se emplearon, Juana Francisca se negó constantemente á este enlace. Un día en que la instaban fuertemente, dió una respuesta llena de la valentía y entereza cristianas de que había dado ya tantas pruebas: «Primero elegiría—dijo—una cárcel perpetua, que la casa de un hugonote para vivir en ella; y mejor sufriría mil muertes, una tras de otra, que verme unida con los lazos del matrimonio á un enemigo de la Iglesia.»

Esta respuesta dejó admirados á todos, porque como el joven caballero ocultaba sus verdaderos sentimien-

tos, se le tenía por buen católico. Pero no se tardó en conocer que Juana Francisca había recibido del cielo una luz divina en este asunto, pues cuando su pretendiente perdió enteramente la esperanza de conseguir su mano, se quitó la mascarilla, y se manifestó cual era en realidad, hereje verdadero, y de los más obstinados.

Muchos de los testigos oídos en el proceso de beatificación de la Santa afirmaron que toda su vida había conservado el mayor reconocimiento por esta gracia, considerándola como una de las mayores con que Dios la favoreció, atribuyéndola á la intercesión de la Virgen Santísima, que en esta circunstancia se había dignado protegerla y ampararla con toda la eficacia y ternura de una buena Madre. Añadía, también, que el feliz matrimonio con que el Señor la bendijo después, había sido la recompensa de su fidelidad en corresponder á la gracia, negándose á dar su mano á un hereje.

Poco después se presentó otro partido que deslumbró al instante al Barón de Francs; era un joven que llevaba un nombre muy ilustre, y se decía descendiente de una antigua y noble familia, huérfano de padre y madre, arreglando tan bien su porte y relaciones, que todo el mundo cayó en el lazo, y creyendo cuanto decía, daban mil enhorabuenas á la señorita Fremiot. Pero ésta no se dejó llevar de la pública opinión. Su perspicaz talento, ó más bien esa luz divina que Dios concede á las almas que le sirven verdadera y sencillamente, la hizo descubrir en este joven ciertas cosas que la desagradaron; y por más que la hicieron las más brillantes proposiciones, jamás quiso oír hablar de matrimonio con este caballero. Después se admiró la prudencia con que se gobernó en esta ocasión, porque se descubrió al cabo de algún tiempo que era un aventurero, que cayó al fin en manos de la justicia (1).

(1) *Memorias inéditas de la Madre Angélica de la Croix.*

A pesar de tan reiterados chascos, los señores de Francs esperaban que su hermana se estableciera en Poitou, y aun se ocupaban en ello activamente, cuando se recibió una carta del Presidente Fremiot, que deseaba tener á Juana á su lado. Andrés, su hijo menor, había ido á París para concluir sus estudios; el Presidente se había quedado solo, y como nuestra Santa se aproximaba á los veinte años, se ocupaba en su porvenir y vislumbraba en Borgoña una de las alianzas más ilustres para esta hija querida.

A la lectura de esta carta, las dos hermanas se deshicieron en lágrimas, porque se querían con el tierno cariño de dos hermanas que nunca se habían separado, y que ni la menor nube de disgusto había debilitado nunca (1). No obstante, Juana hizo sin dilación sus preparativos de viaje; y entre el sentimiento de separarse de su hermana Margarita por primera vez y el gusto de volver á ver á su padre, tomó el camino de Borgoña, donde la esperaban felicidades muy puras, seguidas de doloroso y largo luto, y teatro adonde Dios la llamaba para dar al mundo el espectáculo de los más heroicos sacrificios.

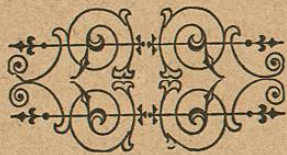
Tales fueron la infancia, adolescencia y primeros años de la juventud de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

Cuando el caminante sale muy de mañana, ve alguna vez, antes de amanecer, una dulce claridad que blanquea el horizonte, y esta hermosura de la naciente aurora le hace adivinar el magnífico esplendor del sol del mediodía. La misma emoción es la que siente el historiador cuando se encuentra en el instante en que em-

(1) «Se separaron—dice la Madre de Chaugy—la Baronesa de Francs y su hermana con grandísima aflicción, porque habían vivido juntas con tan grande unión y buena inteligencia, que no había habido entre ellas ni la menor palabra de disgusto ni disputa.» (*Memorias de la Madre de Chaugy*, c. III.) Todos los historiadores dicen lo mismo.

piezan á levantarse esas grandes lumbreras que se llaman *Santos*. Desde su cuna se vislumbra alguna vez su vida. Aquí, por ejemplo, en esta infancia tan graciosa y tan fuerte, tan ardiente y tan pura, en que brilla en medio de la más viva y tierna sensibilidad, una firmeza y energía tan extraordinarias á los dieciocho años, ¿quién no trasluce ya, aunque en germen, esas virtudes que deben brillar un día con tanto esplendor; esa fe, capaz de transportar las montañas; ese vigor de alma, con que nuestra Santa derribará los obstáculos que se opongan al cumplimiento de los designios de Dios; esa generosidad y ese fuego divino que, llevándola de sacrificio en sacrificio, arrancará á San Francisco de Sales el grito de la admiración, y lágrimas á San Vicente de Paúl?

En medio de todo esto, nada anuncia, no obstante, que nuestra Santa tuviese el menor presentimiento de su vocación futura. La misma que un día debía hacer florecer el desierto, y á quien tantas almas habían de seguir en la soledad para que, como maestra, las enseñase á suspirar y desear al Esposo divino, se encontraba próxima á entrar en el mundo, y la hora en que debía, parece, fijar su destino, había sonado ya: nuestra Santa iba á contraer libre y voluntariamente los lazos que la habían de atar en el siglo para siempre, según todas las apariencias.



CAPÍTULO II

Matrimonio de Santa Juana Francisca Fremiot, verificado en el castillo de Bourbilly.

— 1592 —

EL esposo que el Presidente Fremiot destinaba á su hija, era un joven caballero, de edad de veintisiete años, primogénito de la ilustre familia de Rabutin, y el último descendiente por línea materna de la familia de San Bernardo (1). Se llamaba Cristóbal II, Barón de Chantal, y vivía en Bourbilly, á dos leguas de Semur. Su padre, soldado veterano de las guerras de la Liga, y partidario de los principios del Presidente Fremiot, había combatido á su lado desde 1589, en las guerras heroicas de Semur y Flavigni. El hijo había heredado el valor del padre. «Era de carácter muy dulce—dice Bussy Rabutin—y esto le atraía quimeras con hombres brutales, que no concebían cómo sin ser fanfarrón se puede ser valiente; pero él se lo hacía comprender con muy buenas estocadas (2). » A los veinte años

(1) *Vida de la Venerable Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, página 13. Véanse también las declaraciones de la Madre María Filiberta de Monthouz y de la Hermana María Antonia de Sacconay, *super articulo IX*.

(2) *Historia genealógica de la casa de Rabutin*, compuesta por el señor Roger de Rabutin. Esta obra, manuscrita, que contiene interesantes detalles sobre la mayor parte de las personas que deben figurar en esta historia, está en la Biblioteca pública de Dijón.